

PEPITA DE ORO

De *Enrique Lafourcade*

Editorial Zig-Zag, Santiago, 1989, 156 págs.

Parece que nuestros novelistas de primera plana —algunos de ellos: Skármeta, De la Parra, Blanco— no consiguen acertar en sus últimas novelas. Es el caso de Enrique Lafourcade, cuya enésima obra, *Pepita de Oro*, muestra sólo residuos inertes de un oficio que fue. Su tema, su obsesión, su objeto de parodia, su alma es la intoxicación cinematográfica de la pequeña protagonista, cuyos delirios monotemáticos nos cansan pronto con su reiteración. La novela está ambientada en el Santiago de varias décadas atrás, en torno a calles que ya empezaban a declinar: Dieciocho, Sazié, Blanco Encalada, República, Domeyko, Toesca y quizás lo más rescatable del libro sea la memoria nostálgica de ese barrio en sus últimos y ya moribundos esplendores. Pero este asunto no daba para colmar una novela: quizás tan sólo un par de buenas crónicas.

Pepita de Oro es una niña de siete años, entre angelical y pícara, devorada por las películas para mayores que sin cesar contempla en un rotativo del barrio. El argumento se centra más en las fantasías cinematográficas de la muchachita que en su vida real —un caso perdido de alienación filmica—, y algo semejante ocurre con Patrocinia, la empleada, con la diferencia de que en su caso se trata de radionovelas: todo muy a lo Manuel Puig o a lo Woody Allen, sólo que sin su talento. La tercera del grupo, a cierta distancia, es la madre de la niña: entre ellas tres ocurre toda la escasa acción, que apenas se aparta de la cotidianeidad doméstica del casi conventillo en que viven. Algún viejo borrachín del barrio aporta el resto del escaso protagonismo.

Al comenzar la novela percibimos un cierto cambio en el estilo de Lafourcade, habitualmente forjado en clave realista: “Hace muchos años vivía una niñita tan rubia, tan rubia, que cuando la envolvía el sol, se hacía invisible. Era como una luz que, de tanto ayudar a encender el mundo oscuro, concluye no viéndose”. Esta descripción inicial asume un aire entre *naif* y maravilloso, que no cuadra del todo con la usanza del autor: suena a postizo, resulta niñoide, pero quién sabe si su desarrollo nos hubiera dado páginas interesantes.

Pronto se aprecia, sin embargo, que el toque de cuento de hadas no pasa del primer trecho; en seguida reconocemos al Lafourcade de siempre, el que toma cierta distancia de los hechos y de los protagonistas, si bien el asunto parece de buenas a primeras extraño en su pluma: la locura cinematográfica de la muchachita, el pintoresquismo costumbrista de la empleada, y nada más. El resto son seres fugaces del barrio, reconstitución de época, nostalgia de calles idas, motivos de superficie, anécdotas sin proyección. El conjunto presenta un sostenido tono superficial, una cierta incapacidad para ahondar tras la máscara obvia de los caracteres.

La novela tiene una considerable dosis de diálogo —parlamentos en lenguaje coloquial, pláticas a ratos sabrosas entre Pepita y Patrocinia, sobre todo—, lo que aliviana su lectura, tan escasa en materia de acción. Durante muchas páginas el lector está a la espera de que ocurra algo, algo distinto de la mera presentación doméstica de las tres mujeres. Pero no, no ocurre casi nada, la novela entera es pura presentación, como el prólogo fallido de una novela que no fue, que se lo pasó comenzando. El diálogo, insisto, tiene casi siempre cierta gracia coloquial, pero no lo bastante para hacer de él un recurso autosuficiente, que nos impida echar de menos algún suceso, un mínimo de acción y suspenso.

El breve episodio de las gitanas, más activo, infunde algo de vida a un relato insulso, pero en forma demasiado breve y fugaz. Un segundo episodio casi policial, un robo doméstico, intenta de nuevo insuflar energía al relato, pero en vano. El llanto de la imagen de la Virgen,

con su aire de milagrería popular, parece un postrer esfuerzo por vitalizar un relato sin fuerza propia, pero, salvo un poco de pintoresquismo, tampoco aporta gran cosa. Hacia el final la novela se arrastra sin suspenso alguno. La nota emocional de la última página, que hace juego con el toque maravilloso de las primeras, no consigue contrarrestar el fracaso narrativo del conjunto.

El problema de *Pepita de Oro* es que su autor se lo jugó todo en un solo recurso, que rebasa estas páginas de comienzo a fin. Es el recurso de hacer sentir y hacer hablar a una niña de siete años con el lenguaje y los estereotipos del cine romántico de la época dorada de Hollywood: con los gestos vitales de Ava Gardner, Gary Cooper, Shirley Temple, Cyd Carisse, Judy Garland, Clark Gable, Errol Flyn, Jimmy Stewart, Eleanor Powell, etc. El procedimiento produce efectos de cierta comicidad indudable, pero, tan reiterativo como es, termina por caer en el desgaste de lo monotemático, sin que ningún otro recurso venga a enriquecer en forma y contenido esta única obsesión totalizante y a todas luces insuficiente.

La prosa del relato es desenvuelta, casi descuidada, muy logradamente coloquial, y se deja leer bien. Pero en una novela tan escasa de recursos narrativos, la única salvación sería que esta prosa valiera por sí misma como lenguaje, a la manera de la poesía, lo que ciertamente no ocurre. Es sólo una prosa de buen oficio y experiencia, una soltura adquirida definitivamente por el autor, pero sin ninguna calidad especial: de tono menor, como el asunto, como los personajes, como el diálogo.

En realidad no comprendo el designio del autor de *Pepita de Oro*: ¿para qué se escribe una novela intrascendente, que ni siquiera desde el punto de vista de la amenidad tiene nada que aportar, salvo contados episodios de cierta gracia? El humor tampoco es capaz de rescatar el relato, porque no va muy lejos: se agota en el contraste de la niña diciendo cosas de grandes, aprendidas en las películas: nada muy especial. A juzgar por sus tres o cuatro últimas novelas, Lafourcade parece un escritor agotado en el género, no así como cronista. Es de esperar que todavía nos pueda ofrecer una cierta reviviscencia de sus mejores momentos del pasado como narrador.

IGNACIO VALENTE

CAMISA LIMPIA

De *Guillermo Blanco*

Pehuén Editores, Santiago, 1989, 243 págs.

La última novela de Guillermo Blanco desarrolla, en forma de relato verosímil, el proceso que el tribunal de la Inquisición sigue, primero en Concepción, luego en Santiago y por último en Lima, a un judío criollo de ascendencia portuguesa de comienzos del siglo XVI, y cuyo fin es la hoguera para el disidente religioso. A medida que uno lee, se pregunta si la novela será —como aparenta ya ser— la encendida denuncia de un atropello a la libertad religiosa —a uno de los derechos humanos fundamentales— por parte de un catolicismo colonial oscurantista e intolerante, y por tanto la salmodia que un escritor católico entona alrededor del *mea culpa* habitual en estos casos. Efectivamente, se trata de un “meaculpismo” dramático y supongo que también doloroso para el autor. “Ellos mantenían cárceles secretas, procesos secretos, archivos secretos. Ninguno más debía saber de aquellas cosas. Era delito, que iría contra la tranquilidad, y la tranquilidad...”

Leída esta novela en el Chile de hoy, no puede uno sustraerse a la impresión de que esta-